

Democratización de la lectura en el siglo XXI:

¿Un emprendimiento quijotesco entre tapas duras, teclados y mouse?

Laura Cecilia Solivellas

laurisolivellas@yahoo.com.ar

Universidad Nacional de Río Cuarto

Alumna del Profesorado en Lengua y Literatura

Le propongo lo siguiente: imagine bibliotecas repletas de niños y jóvenes, cada uno con libros en sus manos, hojeándolos y disfrutando de ellos; y algo más, piense en plazas y en familias enteras compartiendo tardes de sol y lecturas; ¿imagina niños ansiosos que reclamen a su maestra tiempo de la clase para elegir textos y leerlos, o quizá, expectantes de que sea ella misma quien les lea un cuento? Resulta difícil, ¿verdad? Probablemente porque desde hace un cierto período de tiempo se ha reducido el número de adeptos a la lectura. Ministros de educación, docentes, medios masivos de comunicación social y encuestas dan cuenta de una realidad innegable: los niños y los jóvenes no sólo no se interesan por la lectura, sino que además, sus resultados académicos presentan limitaciones debido a que no saben interpretar textos y hasta consignas de trabajo áulico.

En el siglo XXI la lectura se ha tornado un verdadero desafío. Para muchos, Quijote debería ser llamado todo aquel que se esfuerza en pos de estimular a otros a que conozcan el placer que proporciona el texto. Las adversidades contra las que debe enfrentarse son innumerables: la crisis político - social - económica de Argentina, el devaluado sistema educativo; la poca predisposición de algunos docentes para proyectar acciones tendientes a fomentar los actos de lectura; las políticas de lectura que no llegan a concretarse o que lo hacen de manera errónea; y la falta de referentes dentro del núcleo familiar que transmitan y compartan el disfrute de la lectura, entre otras.

Por otra parte, las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación han cobrado significativa relevancia en la sociedad: todo cabe en un disco compacto y hasta en un chip. Se han establecido nuevos modos de leer signados por la verticalidad (propia de la lectura en pantalla) y el hipertexto: *"una especie de texto infinito, capaz de pasar de la linealidad de la lectura tradicional, a la que incluye, engloba y resemantiza"*¹, que permite ir y venir por las ideas, modificar modos y estilos y se asemeja a un permiso para la libre circulación textual, como expresa Giardinelli. Los servicios de E-mail y de chat, en tanto, exigen permanentemente una lectura y una escritura veloces.

Claro está, no toda la población tiene acceso a estas nuevas modalidades de lectura; los países más pobres ni siquiera han vencido el problema del analfabetismo, por lo que el acceso y el dominio de la tecnología se han convertido en indicadores de una alfabetización que en este siglo no se limita sólo al dominio de la lectura y de la escritura.

Datos proporcionados por la UNESCO revelan que antes de 1990, 1000 millones de adultos no podían leer ni escribir; como así también, aproximadamente 100 millones de niños en edad escolar no tenían ninguna oportunidad de asistir a la escuela. Más de un billón de personas no tenía acceso a calificaciones ni a tecnologías que podrían mejorar sus condiciones de vida y su participación ciudadana.²

En nuestro país, datos del censo nacional del año 2001 efectuado por el INDEC dan cuenta de la existencia de al menos 800.000 analfabetos y casi cuatro millones y medio de personas que no han logrado completar la educación primaria.³ A su vez, un nuevo fenómeno ha cobrado notable magnitud, es aquel que recibe el nombre de *iletrismo*, y que —en términos de Ferreiro— remite a una realidad: *"la escolarización básica universal no asegura ni la práctica cotidiana de la lectura, ni el gusto por leer ni mucho menos el placer por la lectura"*⁴, los niños y jóvenes asisten

a la escuela pero esto no garantiza que sepan leer e incluso interpretar sencillas consignas de trabajo.

¿Cómo fomentar la lectura en estas circunstancias? ¿Es posible generar actos de lectura en medio de un contexto tan adverso marcado por altos índices de pobreza y desempleo? ¿En quién o quiénes recae esta responsabilidad? La respuesta a estos interrogantes es compleja, no porque se corresponda con una utopía, sino porque exige compromiso y más acciones que palabras.

Cuando se hace memoria y se recuerda a un niño sanjuanino muy pobre que conoció el placer de la lectura, que lo estimuló de manera autodidacta y pudo superar su situación social y económica hasta llegar a ser presidente de la nación (y me refiero a Domingo F. Sarmiento), las esperanzas se renuevan. Aun más cuando se tiene acceso a través de los medios de comunicación social a testimonios de niños y jóvenes que pese a vivir en medio de la pobreza valoran el estudio y estiman a maestros y a lecturas que han marcado sus vidas. Lo que a la vista parecía un gran gigante de brazos largos se vuelve entonces una montaña elevada que necesariamente se debe escalar, pero que no es lo suficientemente empinada como para que sea imposible llegar a la cima.

El encuentro con los libros —en términos de Petit— permite experimentar la presencia de "los posibles": *"lugares distintos, externos. La fuerza para salir de los puntos de asignación y de los espacios confinados"*.⁵

La responsabilidad de formar lectores, más que una tarea, es un deber de todos: el Estado, la escuela, la familia, los medios de comunicación, las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs), las bibliotecas, las universidades, y todos aquellos que desempeñamos un papel en la sociedad debemos colaborar con ello.

El Estado debe garantizar la alfabetización de toda la población. No se puede pensar en una transformación social y política del país sin proveer a todos de lo que el artículo 26 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos establece para todos los hombres: *"Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita al menos en lo concerniente a la educación elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria..."*.⁶

La alfabetización concede autonomía y convierte en instrumentos de transformación social a los sujetos: los libera de una relación de dependencia y de un sentimiento de inferioridad; no sólo implica leer y escribir sino que, como explicita Farstrup⁷, involucra exhibir comportamientos de alfabetización como lo son secuenciar, argumentar, interpretar y crear trozos amplios de lengua escrita y oral en respuesta a un texto escrito en el cual se han establecido la comunicación, la reflexión y la interpretación.

Si se considera que los distintos tipos de trabajos requieren cada vez mayor calificación —lo que involucra un correcto dominio de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación— entonces resulta indispensable cumplir con la asignatura pendiente de la alfabetización, de manera tal que índices de pleno empleo se conviertan en objetivos claramente alcanzables.

La democracia no se puede pensar disociada de la alfabetización y, fundamentalmente, de la lectura. A través de propuestas específicas de los programas del sistema educativo se debe alentar el respeto por los derechos y la responsabilidad sobre el actuar individual y colectivo.

El ejercicio de los derechos requiere de ciudadanos lectores que los comprendan y exijan su reconocimiento: la lectura se erige aquí como uno de los instrumentos que ayudan a estructurar el pensamiento y el conocimiento, como expresa Giardinelli: *"...con cada página leída que hacemos leer se construye el pensamiento propio. Con cada libro que se lee se coloca un ladrillito más en lo alto de la gran muralla que es el conocimiento..."*.⁸

Parecería imposible que un acto tan cotidiano para algunos y tan desconocido para otros muchos —que quizá nunca han llegado a experimentarlo— sea tan significativo en lo que concierne a la constitución de la subjetividad del hombre, pero esto es así. Los estudios elaborados por Vigotski (una de las figuras más reconocidas dentro del campo de la enseñanza y la psicología humana) y por su discípulo Luria demostraron que con el dominio de la lectura y de la escritura *"el pensamiento empieza a introducir más y más los procesos de abstracción y generalización; las*

operaciones de pensamiento teórico categorial van desplazando a las del práctico situacional, y se van convirtiendo en dominantes en la actividad cognoscitiva de la gente ⁹; a su vez, surgen nuevas posibilidades de movimiento de pensamientos: se hace posible sacar conclusiones —no sólo sobre la base de la experiencia práctica personal sino también sobre procesos discursivos lógico-verbales— y la conciencia se eleva a niveles superiores.

¿Cómo formar lectores en barrios en los que la pobreza predomina? ¿Cómo transmitir el disfrute de la lectura a niños y jóvenes que no han contado nunca con referentes dentro de su núcleo familiar que estimulen su acercamiento a los libros? Se podría afirmar que es necesario llevar a cabo dos acciones centrales: en primer lugar, proporcionar a niños y jóvenes un encuentro con los libros capaz de dejar huellas en cada uno de ellos; en segundo lugar, resulta prioritario generar espacios en los que estos mismos niños, jóvenes, e incluso los adultos, puedan vincularse con las nuevas tecnologías y con los nuevos modos de leer que éstas introducen.

Así planteado, una potencial transformación de las condiciones imperantes en la actualidad — en lo que respecta a la lectura y a los barrios marcados por la pobreza— no se presentaría como un desafío complejo; sin embargo, lo es. Complejo no significa imposible, complejo refiere a que los obstáculos que se deben sortear son numerosos: ¿Cómo transmitir a una familia carenciada el amor por la lectura cuando ellos mismos dan cuenta de su permanente preocupación por poder garantizar a sus hijos el pan de cada día? ¿Cómo alentar a esos mismos padres a que lean junto con sus hijos cuando no saben leer ni escribir o sólo lo hacen de manera funcional?

Seguramente un apocalíptico dudaría de la viabilidad de nuestras intenciones, de nuestros deseos de hacer de la lectura un espacio de disfrute social que sea garantizado a todos; se preguntaría: ¿Por qué alfabetizar? ¿Por qué formar lectores? ¿Para qué? ¿Vale la pena? ¿Es posible de llevar a cabo en medio de la pobreza y la indigencia?

Puede que usted —al igual que este apocalíptico— tienda a pensar que llevar la lectura a estos barrios y hacer que las familias se apropien de este acto y disfruten —en términos de Barthes¹⁰— del placer del texto forma parte de una gran aventura quijotesca. Si es este su caso, permítame que disienta: no sólo no es un ideal casi utópico, sino que además es un asunto de Estado que exige prioridad en la agenda de los gobernantes, en la de los docentes, en la de las escuelas, las universidades, la de las bibliotecas, en la mía y hasta en la suya.

Si usted es de aquellas personas que anhela un país mejor, más igualitario, con un gran desarrollo económico, científico y tecnológico debe saber que la alfabetización es una autopista hacia ese destino.

Sobre la base de dicho proceso de alfabetización se deben incentivar los actos de lectura y el amor por los libros (literarios o no). ¿Por qué es esto tan trascendental? Pues porque, como explicitan Schwartz, Moyano y Aguilar¹¹ la disminución de la lectura lleva a una construcción muy pobre de las habilidades cognitivas en el sujeto (fundamentalmente aquellas que se vinculan con la interpretación) y lo convierten en un sujeto no participativo, conformista y acrítico que carece de la posibilidad de satisfacer sus propias necesidades y las de sus pares; y que a su vez, por no contar con la capacidad para negociar e interpretar los procesos sociales, se limita a aceptar el proyecto de sociedad que configuran, transmiten y legitiman quienes conforman los grupos hegemónicos: sin lectura es imposible pensar en la transformación social que todos deseamos.

La lectura se debe estimular fundamentalmente desde la familia y la escuela. Si bien se registran casos en que niños y jóvenes han llegado a conocer el disfrute que genera la lectura sin que un adulto de su familia o algún conocido los haya iniciado en ello, se ha comprobado que quienes han recibido estimulación en sus hogares —en lo que refiere a la lectura y escritura— aprenden más fácilmente a escribir y a leer que los niños que no han tenido contacto con lectores. Cobra relevancia entonces lo que Ferreiro¹² denomina *una primera inmersión en la cultura letrada*, y que comprende básicamente haber tenido la posibilidad de escuchar lecturas en voz alta, observar a otros mientras escriben, haber tenido la oportunidad de producir marcas intencionales, de participar en actos sociales en donde la lectura y la escritura adquieren alto grado de importancia y haber podido plantear preguntas y recibir respuestas a ellas.

La escuela primaria y la escuela secundaria deben transmitir y fomentar el disfrute de las lecturas, no se debe limitar a usarlas sólo como un instrumento o una mediación en el aprendizaje de cierta disciplina en particular; deben proyectar acciones tendientes a generar espacios de lectura justificados en el solo placer que los textos son capaces de proporcionar: *"hay que dejarse de producir lecturas y ponerse a incentivarlas"*¹³ esgrime con mucho acierto el filósofo argentino Jaime Barylko, en adhesión a la idea de que el hábito de disfrutar de buenos libros empieza por la lectura despojada de intenciones.

Seguramente, usted podría pensar que sólo con destinar un tiempo de la clase para que cada niño y cada joven se encuentre frente a frente con un libro de su elección no es la solución para todo el problema. Permítame aquí que comparta parcialmente su opinión: no se trata de crear espacios de tiempo que ocupen a los alumnos (en la lectura) y a los docentes en la corrección de exámenes, en el llenado de alguna planilla o que le proporcionen un descanso en medio de su ajetreado día de trabajo, con esto no basta. Es imprescindible que los docentes y los padres se comprometan y participen también de dichos espacios de lectura ya que, como expresa Ferreiro respecto del aprendizaje de la lectura en los niños: *"...todos los objetos (materiales o conceptuales) a los cuales los adultos dan importancia son objeto de atención por parte de los niños. Si perciben que las letras son importantes para los adultos van a tratar de apropiarse de ellas..."*¹⁴

En estos términos la lectura se plantea también como la posibilidad de un encuentro con el otro, con su subjetividad. Las obras literarias presentan mundos posibles en los que abundan personajes y conductas tan semejantes a los de nuestra sociedad, o tan distantes como para ser el centro de toda curiosidad. En este sentido, se orienta aquello a lo que alude Petit¹⁵: la lectura permite el encuentro de culturas y brinda la posibilidad de elaborar un espacio simbólico a través del cual es factible dejar de sentirse rechazado.

Mostrar todas las virtudes antes mencionadas respecto de la lectura es quizás una de las tareas fundamentales de los docentes, tanto de nivel inicial y primario como de enseñanza media. Pese a su esfuerzo, en muchas ocasiones no se encuentran capacitados o incluso no cuentan con la motivación necesaria para realizarlo. Se requiere entonces de una revalorización social del rol docente acompañada de una mejora salarial y de una formación académica que privilegie la lectura, como lo afirma Castrillón: *"El propósito de formar lectores requiere maestros formados como lectores y escritores, condición necesaria para enseñar a leer y a escribir..."*¹⁶ Con maestros bien pagos, reconocidos socialmente por su labor y con formación de alto nivel — lo que sin duda corresponde al Estado garantizar— la intención de alfabetizar y de transmitir el disfrute de la lectura en los barrios socialmente más desfavorecidos, dejará de ser un emprendimiento quijotesco y se transformará en una realidad gratamente observable.

Los medios masivos de comunicación y las bibliotecas populares deben adoptar una posición de privilegio en este viaje hacia la democratización de la lectura, podría —si quiere— llegar a asociarlos con la figura de numerosos granaderos que escoltan a caballo la bandera y los ideales que enarbolan. La televisión, la radio, el diario, Internet y las bibliotecas populares son vías de contacto directo con la sociedad; ¿Cómo no pensar entonces en su aptitud para transmitir las virtudes de la lectura? Pueden incluso llegar a instalar en la sociedad un discurso que favorezca la revalorización de la lectura; pero no como una moda, porque la lectura debe unificar a las masas y convertirse en factor común dentro del conjunto social no momentáneamente sino de manera permanente.

Las bibliotecas deben promover los espacios de lectura que antes mencionábamos para las escuelas y facilitar el encuentro de la población con los libros. Los bibliotecarios, según considera Giardinelli¹⁷, son mediadores fundamentales porque representan el saber y el conocimiento ante el conjunto social. En nuestro país esta imagen debe también ser revalorizada socialmente; y deben ser ellos los que coordinen no sólo el acceso a los libros, sino también, espacios de comunicación cuyo fundamento sea compartir experiencias de lectura. Es decir, que cada niño, joven o adulto pueda tomar conciencia de su intervención dentro de lo que Hébrard¹⁸ denomina *comunidades de*

interpretación: saber que compartimos lecturas con otros y descubrir cosas que entendemos de la misma manera.

Toda persona debe tener acceso a las lecturas, a su disfrute; no sólo a través del libro impreso, también corresponde que se le proporcione la participación en experiencias que involucren las modalidades de lectura que las nuevas tecnologías introducen. Probablemente éstas despierten mayor curiosidad y motivación en quienes integran los sectores sociales más desfavorecidos: la alfabetización —es decir la adquisición del saber leer y el saber escribir— en primer término, y el acceso a las tecnologías del siglo XXI en segundo término, se convierten para muchos en el pasaporte hacia la igualdad, llegar a sentirse integrados y permitirse la posibilidad de creer en un futuro más próspero.

Sobre esta base es que la alfabetización, y fundamentalmente el fomento de la lectura, debe hacerse extensivo a todos los miembros de las familias que cada día son hostigadas por la pobreza y la indigencia. Con padres que valoren la educación —y a la lectura— y que vuelvan a confiar en ellas como un medio que garantice a sus hijos la inserción y la movilidad social (para ello también hay que trabajar conjuntamente), será cada vez más fácil formar hoy lectores pequeños que poco a poco y con el transcurso del tiempo llegarán a ser grandes lectores y lectores grandes.

Hoy más que nunca se hacen imprescindibles padres como los de Enrique —el protagonista de *Corazón*¹⁹— padres que alienten, estimulen y acompañen a sus hijos, no sólo en lo que respecta a la asistencia a la escuela, sino también en la lectura.

Se precisa de niños como Enrique, que espera con ansias las lecturas de su maestro y que encuentra en ellas una de sus motivaciones para asistir a la escuela, frente a la cual se muestra un tanto reticente. "... Iría con más gusto a la escuela si el maestro nos contara todos los días una historia como la de esta mañana. Dice que todos los meses nos contará una, y que siempre será el relato de una buena acción..."²⁰

Si se toma en consideración que a mediados de 1995 según una encuesta internacional un niño argentino escolarizado leía, en promedio, 0,7 libro por año²¹ —que equivale a menos de un libro por año—, lo formulado en el párrafo anterior parecería una pretensión demasiado exigente. Sin embargo, cuando se toma conocimiento —gracias a los medios masivos de comunicación social— del testimonio de una niña que vive en la extrema pobreza pero que aun así asiste a la escuela primaria, se destaca por sus resultados académicos (de hecho es primera escolta de la bandera de la institución escolar a la que pertenece) y manifiesta gusto por la lectura²², toda concepción apocalíptica se desmorona.

Esta niña no es un personaje de ficción como lo es Enrique, esta niña de once años tiene un nombre, un apellido y un deseo incontenible de poder leer. Tantas son sus ansias que en medio de la pobreza, y ante la carencia de libros, opta por escribir sus propios relatos (cuando llega a disponer de papel). Su vida no es una aventura quijotesca, nuestra pretensión de democratizar la lectura tampoco lo es: estos ejemplos nos demuestran que la pobreza en sí misma, con todo lo que esta involucra —el desempleo, la desesperanza, la violencia y el hambre— no son gigantes sino molinos de viento, un obstáculo más a vencer en el tránsito hacia un país plenamente igualitario.

La lectura es el cimiento de toda sociedad democrática, es —en términos de Farstrup²³— una fuerza liberadora: estructura el pensamiento y el conocimiento, hace de los hombres sujetos críticos capaces de transformar la realidad social, permite acceder a mundos posibles en los que las culturas se encuentran y en donde es posible dejar de sentirse no integrado, concede autonomía; se vuelve realmente significativa cuando se produce en el marco de espacios que facilitan la comunicación y el intercambio de experiencias con el otro.

La democratización de la lectura es una exigencia que debemos reconocer para acercarnos cada vez más al proyecto de país que todos anhelamos. Es, al mismo tiempo, una responsabilidad que debemos asumir y una necesidad a la cual debemos dar respuesta. El Estado, los docentes y la escuela tienen que comprometerse a ello.

Pero usted desde su lugar y yo desde el mío también podemos hacer mucho: ser lectores, disfrutar del placer que proporciona la lectura (ya sea en pantalla, a través de un libro impreso de

tapas duras, propio o de una biblioteca, como usted prefiera); pero por encima de todas las cosas, la tarea que nos congrega es la de estimular en otros estas mismas experiencias. Debemos promover la lectura en sí misma, sin importar el formato, el género, el volumen de éstas, sin crear disputas al respecto.

La ansiedad se debe controlar y los esfuerzos tienen que aunarse; éste no es un emprendimiento quijotesco, es un objetivo alcanzable que requiere de tiempo, voluntad y acciones estratégicas que sepan incorporar los beneficios que la tecnología del siglo XXI coloca a nuestra disposición.

Me tomo ahora el atrevimiento de proponerle esto: piense en un país en el que la pobreza no sea el mayor flagelo para una gran parte de la población, en el que todos tengan acceso a la educación, al trabajo, a la salud y a la alimentación. Lo que le solicito no requiere de un gran trabajo intelectual, sólo exige que trate de pintar en su mente un país en el cual la democracia no sea simplemente un puñado de anhelos de igualdad, sino más bien una realidad palpable.

Aumento mis pretensiones y le pido que agregue a su paisaje un sinnúmero de niños disfrutando del placer que proporciona la lectura: en bibliotecas, escuelas, frente a sus computadoras, con amigos, solos, con sus padres, con sus abuelos, en el colectivo, en las plazas, en verano, en invierno, en primavera, en otoño... ya no es tan difícil, ¿verdad? En un país alfabetizado democracia y lectura van de la mano.

¿Me permite un último atrevimiento? Lo invito a que se sume a esta cruzada ya no tan propia de un Quijote; podemos empezar por entregarnos al placer de una lectura ¿Borges, Cortázar, Allende, Coelho, Sábato, Gelman? ¿Una poesía, un cuento corto, una novela? ¿Qué le parece? La que usted prefiera... no le propongo algo tan tortuoso: sentarse en su sillón más cómodo o acostarse en la cama, tal vez le guste más al aire libre, es sólo predisponerse para disfrutar. Recuerde que, con cada página que avance, las imágenes que formaban parte del paisaje que diseñó en su mente irán poco a poco cobrando forma... en esta, nuestra realidad.

"La libertad, querido Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos. Con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad se puede y se debe aventurar la vida..."

Miguel de Cervantes Saavedra . *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

¹ GIARDINELLI, Mempo: *Volver a leer*. Buenos Aires, Edhasa, 2006. Capítulo 6, La lectura y las Nuevas Tecnologías, p. 142.

² FARSTRUP, Alan: "Dimensiones sociales y educacionales de la alfabetización", *Revista Lectura y Vida*, Año 13, Marzo de 1992.

³ VÁZQUEZ, Silvia y col., *Prioridades para la construcción de políticas educativas públicas*, Informe Instituto de Investigaciones Pedagógicas Marina Vilte, CTERA. <http://www.clacso.org> , 29 de junio de 2005.

⁴ FERREIRO, Emilia, *Pasado y presente de los verbos y escribir*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 5.

⁵ PETIT, Michéle, "Elogio del Encuentro", *Congreso Mundial de IBBY*, Cartagena de Indias, 18-22 de Septiembre de 2000, p. 4.

⁶ RIVERO, José, "Alfabetización, Derechos Humanos y Democracia", *Revista Lectura y Vida*, Año 11, Marzo de 1990, p.27.

⁷ FARSTRUP, Alan: *Ob. Cit.*

⁸ GIARDINELLI, Mempo, *Ob. Cit.* Capítulo 4.

⁹ BLANCK, Guillermo, "Cultura y procesos cognitivos: Una mirada vigotskiana a las relaciones entre la alfabetización, la escuela, la mente y la conducta", *Revista Lectura y Vida*. Año 13, Marzo de 1992, p. 41.

-
- ¹⁰ BARTHES, Roland, "Sobre la Lectura" en *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Ed. Paidós, 1987.
- ¹¹ SCHWARTZ, G., MOYANO, M. y AGUILAR, H.: *Lectura Interpretativa y Transformación Social*, Universidad Nacional de Río Cuarto. Ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano. 1995. Gobierno de San Luis. Inédita.
- ¹² FERREIRO, Emilia, *Pasado y presente de los verbos y escribir*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- ¹³ BARYLKO, Jaime, "El rol docente: Teoría y Realidad", *Revista Barylko Responde*, N°1, Año 1, Buenos Aires, Abril de 2000, p. 14.
- ¹⁴ FERREIRO, Emilia, *Ob. Cit.* p. 8.
- ¹⁵ PETIT, Michéle, *Ob. Cit.*.
- ¹⁶ CASTRILLÓN, Silvia en GIARDINELLI, Mempo, *Ob. Cit.*
- ¹⁷ *Ob. Cit.*
- ¹⁸ HÉBRARD, Jean, "El aprendizaje de la lectura en la escuela: discusiones y nuevas perspectivas", Conferencia dictada en la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, Año 2000.
- ¹⁹ DE AMICIS, Edmundo, *Corazón*, Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1960.
- ²⁰ DE AMICIS, Edmundo, *op. cit.*, p.20.
- ²¹ VERÓN, Eliseo, *Esto no es un libro*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1999.
- ²² PLATÍA, Marta, "Fue escolta de la bandera y vive debajo de un puente", *Diario Clarín*, Buenos Aires, Domingo 10 de Diciembre de 2006, Sociedad, pp. 54 - 55.
- ²³ FARSTRUP, Alan, *Ob. Cit.*.